

TIEMPO COTIDIANO: EL TRIUNFO DE CADA DÍA, EN LA OBRA POÉTICA, LOS PASOS TERRESTRES, DE JULIETA DOBLES

María de los Ángeles Palacios Robles: Máster, profesora Asociada en la Sección de Historia de la Cultura de la Escuela de Estudios Generales de la Universidad de Costa Rica (madaparos@gmail.com).

Resumen

El poemario, *Los Pasos Terrestres*, de Julieta Dobles Izaguirre contiene una poesía que incluye y revaloriza los aspectos cotidianos de la existencia. Comprende las cualidades del tiempo que le imprimen el ritmo a la vivencia de cada día. Cada día es el signo que emplea para señalar que las experiencias vitales se llevan a cabo en el diario vivir, esa vivencia es también el acontecer de la vida misma dividida en mañana, tarde y noche, así como la vida pasa por la infancia, la madurez y la ancianidad. Cada día se constituye en el tiempo donde confluyen múltiples temporalidades, el tiempo biológico, psicológico, lineal y cíclico, donde el “Hoy” es un instante imperecedero y fugaz.

Palabras clave: Tiempo cotidiano, cada día, experiencia vital, tiempo biológico, tiempo psicológico, tiempo lineal, tiempo cíclico, “Hoy”.

Abstract

The poems, *The terrestrial steps*, Julieta Dobles Izaguirre contains a poem that includes and reappraises the everyday aspects of existence. It includes the qualities of the time that print you the pace to the experience of every day. Every day is the sign that used to point out that life experiences are carried out in daily living, that experience is also the everyday events of life itself divided into morning, afternoon and evening, as well as life passes by childhood, adulthood and an old age. Every day is the time confluence of multiple temporalities, biological, psychological, linear and cyclic time where “Today” is a timeless and fleeting moment.

Key words: Everyday time, every day, life experience, biological time, psychological time, linear time, cyclic time, “Today”.

1. INTRODUCCIÓN

Percatarse en la vida que el ser de cada persona concreta es temporal, de que todo lo que el ser humano realiza, obra, hace, es en el tiempo, y que su propio ser es simplemente tiempo (Láscaris, 1979: 100), es uno de los misterios más profundos, que se presentan al ser humano. Cuando éste intenta comprender su propia existencia, se encuentra la cuestión de qué será propiamente, el tiempo. La certeza de la muerte, innata a la vida, la experiencia de la juventud y de la ancianidad, la irrevocabilidad del pasado, la imprevisibilidad del futuro, la distribución diaria del tiempo y la planificación de nuestro trabajo, todo esto implica tiempo.

Tanto la medida del tiempo, como la cuestión del tiempo, es algo con lo que se enfrenta de algún modo toda persona, tan pronto como inicia la reflexión sobre su propia vida y experiencias. Sin embargo, como expresa Heller, se debe tener en cuenta, que el ser humano desde su nacimiento, se encuentra en una relación activa con el mundo en que nació (1998: 22). Por eso las deliberaciones que éste elabore, también están motivadas por diversas condiciones de vida, de lugares, y de maneras de existir, en ese sentido, la temática del tiempo es asimismo, una cuestión social y cultural.

Así, se considera que las representaciones del tiempo son componentes esenciales de la conciencia social, cuya estructura refleja los ritmos y cadencias que marcan la evolución de la sociedad y de la cultura. “La vida cotidiana no está fuera de la historia, sino en el centro del acontecer histórico: es la esencia de la sustancia social” (Heller, 1985: 42). De esta manera, el tiempo ocupa un primer plano en la concepción del mundo, que caracteriza a tal o cual cultura. Cada civilización percibe el mundo por medio de sistemas propios. Estos se configuran, a lo largo de la actividad práctica de las personas, sobre la base de su propia experiencia y de la tradición heredada de las generaciones precedentes. En este sentido, la categoría tiempo, expresa una práctica social, acorde con la concepción de mundo existente (Gurevitch, 1979: 260).

El sentido del tiempo es uno de los parámetros esenciales de la personalidad. La actitud respecto al tiempo y el modo en que es aprehendido y vencido es variable, según las épocas y las civilizaciones.

En efecto, cada sociedad tiene su tiempo propio y su historia, la cual se organiza alrededor de un dominio del calendario; toda cultura se construye alrededor de un sentido del tiempo y de la manera en que el ser humano se sitúa en éste, lo piensa y lo organiza. La convivencia social sería simplemente imposible si los seres humanos no respetaran los términos temporales comprometidos (Heller, 1998: 393). Toda vida social exige un sincronismo mínimo, un acondicionamiento común de las ocupaciones, del trabajo y de las fiestas, de las destrucciones y de los renacimientos que permiten hacer en conjunto, lo que se debe ser, reunirse para comunicar en un sitio y una fecha conocidos por todos.

Este punto es esencial, sin el enunciado de las fechas y el conocimiento de las razones de la sucesión y de su regreso, ningún trabajo, ninguna vida social es posible. Dar nombre al tiempo y sentido a sus diversas fechas, constituye por eso una exigencia absoluta de la supervivencia de todo grupo social.

Toda persona percibe la duración y la velocidad, resiente lo reversible y lo irreversible, distingue el presente y el pasado. Toda persona es a la vez instrumento que mide el tiempo y, forma parte de su dualidad: transcurso y regeneración, fluencia y torbellino (Attali, 1985: 14).

Expresa Heller, que cada persona tiene “un tiempo vivido”, constituido por el conjunto de experiencias interiores del sujeto, donde tienen particular función la fantasía, la memoria y la imaginación; el tiempo vivido es subjetivo porque es mi tiempo (1998: 393). Desde este punto de vista, la vivencia de la temporalidad ha sido objeto de la expresión poética. Señala Antonio Machado que, “la poesía es un arte temporal”. El poeta pretende que su obra trascienda los momentos psíquicos en que es producida, es el tiempo vital del poeta con su propia vibración lo que procura intemporalizar, “digámoslo con toda pompa eternizar” (1999: 355).

Igualmente, Octavio Paz dice, que las palabras del poeta:

“Son históricas: pertenecen a un pueblo y a un momento del habla de ese pueblo: son algo fechable. El poeta no escapa a la historia, incluso cuando la niega o la ignora. Sus experiencias más secretas o personales se transforman en palabras sociales, históricas. Al mismo tiempo, y con esas mismas palabras, el poeta dice otra cosa: revela, a la persona” (1990: 189).

Machado dice, para que el poeta alcance una tensa y profunda impresión del tiempo, “los conceptos e imágenes, deben ser intuitivos dentro del tiempo psíquico del poeta, del fluir de su propia conciencia, para que la poesía cante y mantenga la capacidad de conmover todavía el corazón” (1999: 356).

Julieta Dobles (1976), en su obra poética, *Los Pasos Terrestres*, expresa una profunda vivencia de la temporalidad que transcurre, fundamentalmente, dentro del tiempo cotidiano. “Cada día”, es el signo que emplea para señalar, que las experiencias vitales se llevan a cabo en el diario vivir. Son varios los poemas de esta obra que así lo revelan.

En el poema “Himno Solar”, expresa: *“Cada día es el triunfo/ de nuestro corazón/ sobre los sueños. Cada día el sonido del sol/estalla/sobre los párpados dormidos”*. En “Solo Para Niños” dice: *Ahora podemos/apretar de nuevo la mañana/y sentir su calor de naranja madura/ donde estrenan tus ojos su asombro/ cada día*. En “Lumbre” expresa: *Y cada día tendremos/ algo más de universo en la mirada, /marca del sol sobre la frente*. Asimismo en el poema “Compañero” expone: *Entonces, / es nuestro el árbol/donde viven los sueños/ y donde cada día se forja/ con la luz del siguiente*.

Con respecto del tiempo en la cotidianidad, Karel Kosík, al igual que Heller señala que, ante todo, la organización, día tras día, de la vida individual de las personas; *cada día*, es la distribución diaria del tiempo. La cotidianidad es la división del tiempo y del ritmo en que se desenvuelve la historia individual de cada cual. La vida cotidiana tiene su propia experiencia, su propia sabiduría, su horizonte propio, sus previsiones, sus repeticiones y también sus excepciones (1976: 92).

Y aunque el tiempo cotidiano, en virtud de la experiencia poética, se transforma en el triunfo de cada día, en Julieta Dobles, este tiempo adquiere una doble dimensión, porque la vivencia de cada día, es también, el acontecer de la vida misma. Temporalmente, el poemario es un día y simultáneamente la vida misma.

Es entonces, cuando cada una de las partes que conforman el día, también se pueden homologar, con las etapas de la existencia humana: La mañana con la infancia, la tarde con el adulto y la noche con la vejez o ancianidad. Por eso, caminaremos junto con la poeta a lo largo de su jornada diaria, los diferentes momentos por las cuales transcurre cada día.

2. LA JORNADA AMANECIDA

Aunque como expresa Kosík, en la cotidianidad, la actividad y el modo de vivir se transforman en un instintivo e irreflexivo mecanismo de acción y de vida, las cosas, los seres humanos, los movimientos, las acciones, los objetos circundantes, el mundo, “son simplemente,” y se aceptan como un inventario, como parte de lo conocido, un mundo mecánico donde todo está al “alcance de la mano,” y los propósitos de las personas son realizables, el mundo de la intimidad, de lo familiar y de los actos banales, la muerte, la enfermedad, el nacimiento, los éxitos y las pérdidas, son los sucesos calculados de la vida de cada día (1976: 93). La voz poética nos dice por el contrario, *tengo profundas manos/ para todo el milagro cotidiano. / Y es que el día nos empieza/con sus exactos dedos de penumbra/cualquier mañana/de esta larga jornada amanecida.*

De esta manera, lo cotidiano adquiere la cualidad de milagro y se puede hablar de lo que denomino “lo milagroso cotidiano”, como señala Octavio Paz, al afirmar que una de las funciones de la poesía, “es mostrarnos el otro lado de las cosas, lo maravilloso cotidiano: no la irrealidad, sino la prodigiosa realidad del mundo” (1993: 81). En consecuencia, la cotidianidad asume rasgos que van más allá de lo común y ordinario, porque en este periodo de tiempo, se produce el transcurrir de la vida, considerada una larga jornada de trabajo, no como un acto banal, sino de profundas derivaciones.

Así comienzan los pasos terrestres, cuando el día nos empieza y nos hace propietarios, sin pedirlo, de un día de tareas, que equivale al trabajo de la existencia misma. Entonces, da inicio nuestra labor de caminantes, en cualquier mañana. Por eso en el poema “Caminante”, expresa: *Salí una mañana/que no ha tenido fin,/ ni espejos,/ sólo la luz necesaria a cada mano.* En el mismo sentido, el poema “Lumbre” dice:

*Y fue nuestra la tarea de los pasos terrestres
cuando el amor dio un cuerpo a tanta sed,
y un ojo a tanta lumbre, que quemaba.*

*Creceremos en lumbre.
No como crece el mar,
ni el bosque, ni el mineral amargo.*

***Y cada día** tendremos
algo más de universo en la mirada,
marca del sol sobre la frente.*

*¿Y la alegría?
No será la liviana agilidad del aire
sino el diario dolor del crecimiento.
¡Es tan nuestro el sitio de la herida
cuando lo hemos cerrado con nuestra propia
mano!*

*He partido mi lumbre entre nosotros.
Correré sin temor los cercos de la noche.
Habrá luz suficiente.*

Cobra particular importancia, señalar el hecho, de que el elemento prodigioso que materializó la vida, que dio cuerpo a tanta sed, es el **amor**, el cual se transforma en lumbre, metáfora, del fuego iniciador de la existencia, porque presenta toda una significación sexual, universalmente ligada a la primera técnica de obtención del fuego que fue por frotamiento, en el vaivén, imagen del acto sexual. De ahí que para Gastón Bachelard, “el amor es la primera hipótesis científica para la reproducción objetiva del fuego, y antes de ser hijo de la madera, el fuego es hijo del hombre (1995: 513).

Consecuentemente, el amor, atraviesa la existencia humana desde el nacimiento, y nos acompaña en el proceso de crecimiento, que se produce cada día, acompañado del dolor, que deja huellas, marcas de la experiencia, manifestadas en una mirada que tiene algo más de universo, y en la frente, la pesadez **del diario dolor**, que queda impreso en el sitio de la herida, que cada quien lleva consigo como algo muy propio. Desde esta perspectiva es la vida que acontece entre el amor y el dolor, entre la lumbre y las sombras.

Según Constantino Láscaris el ser humano tiene una manera especial de vivir el tiempo, no se limita a vivir biológicamente, sino que, además, se percata del tiempo, tiene una conciencia en la cual vive el tiempo de una manera peculiar. La conciencia de las personas no es simple percatarse de lo que está sucediendo en algunas zonas de su ser, sino que además es

una forma de vivir, la conciencia del ser humano tiene una cualidad, la de vivir el tiempo a su manera. Este tiempo psicológico es algo que caracteriza al ser humano (1979: 102).

La manera particular de vivir el tiempo que se expresa en estos poemas, pone de manifiesto una dinámica que sucede a lo largo de cada día, en la cotidianidad de la existencia que inicia en la mañana y termina en la noche, como una jornada de trabajo que presenta un proceso de vida biológico y psicológico; consta de un inicio, crecimiento y declive, transcurre entre el amor y el dolor, y esa es precisamente, la tarea del caminante en esta tierra, son los pasos terrestres, un milagro cotidiano, no por irreal, sino por lo prodigioso de la realidad del mundo.

Para Heidegger, “la realidad” del tiempo, se muestra más inmediata en otros fenómenos que son comunes a todas las criaturas vivientes. Pues la infancia, la juventud, la madurez, la ancianidad y la muerte articulan el camino vital de todo individuo. Y esta articulación de épocas de la vida, halla su regulación social en las instituciones y en las costumbres. La experiencia humana, que pasa gradualmente por las diversas etapas de la vida, es una auténtica forma de experiencia del tiempo en sí.

Ella se halla vinculada a la experiencia histórica, la cual es propiamente una experiencia de épocas, de la propia época y, aún más profundamente, de la época que ha pasado: hitos en el perenne fluir del tiempo; determinación precisa de un “espacio de tiempo” que encierra en sí lo coetáneo y lo contemporáneo (Heidegger en Gadamer, 1979: 51).

Por eso se considera pertinente analizar a continuación cada uno de los signos del tiempo de cada día, vivido o experimentado en dos etapas fundamentales, la mañana y la noche, las cuales a su vez se hermanan con la infancia y la ancianidad.

2.1. La aurora amanecida

El ser vivo tiene un ritmo vital, en correspondencia con el tiempo biológico, tiene infancia, una madurez y una vejez. Ya sea planta, animal o ser humano, en su manera de vivir los años, los meses, los días, está viviéndolos con arreglo al tiempo astronómico. Cuando una planta se abre al sol por la mañana y se cierra por la noche, lo que hace simplemente es vivir las relaciones de los movimientos de los astros: el sol, la luna, y otros, quienes coordinan la vida concreta del ser vivo. Ese tiempo astronómico lo podemos medir con el reloj, sin embargo, lo podemos vivir de maneras muy distintas (Láscaris, 1979: 101).

Cada día, como signo de temporalidad en *Los Pasos Terrestres*, se asemeja con la vida misma. Expresan Chevalier y Gheerbrant que la primera analogía astrológica del día es la de una sucesión regular: nacimiento, crecimiento, plenitud y declinación de la vida (1995: 413). Así que la experiencia del ciclo diario de lo cotidiano y por consiguiente, del ciclo de la vida, nace en la mañana y desde este punto de vista, esta parte del día también constituye, un signo de la temporalidad, tomada asimismo, como la etapa de la infancia.

La obra empieza con el poema llamado “Caminante”, nos sitúa desde el comienzo en los pasos terrestres que se inician en la mañana, dice: *Salí en una mañana / que no ha tenido fin, / ni espejos, / sólo la luz necesaria a cada mano. / Y agrega, Cuando marché no dije: / - volveré a la mañana. / ¿Cómo podría decirlo, / si todas las mañanas son inmensas, / desprendidas, / y se nos van formando/ en la mirada de los seres amados?*

El caminante es metáfora de quien atraviesa la cotidianidad a partir de la marcha que inicia en la mañana, significada como inmensa, desprendida, pero particularmente, se nos forma en la mirada de los seres amados; y una vez más, la voz poética coloca el amor, como el elemento generador de vida, a partir del cual, nuestro ser se inclina hacia delante, constituyéndose cada día como la búsqueda o encuentro hacia el otro. Señala Octavio Paz, que el amor, la alegría del amor, es una revelación del ser y como todo movimiento del ser humano, el amor es “un ir al encuentro” (1990: 151).

Desde esta perspectiva el vocablo mano, es el signo distintivo que simboliza “al otro”. Establece en este mismo poema: *Sólo una mano busco,/ una mano en donde el viento empiece,/ una mano que suelte/ su aliento y su alegría,/ antes que todo corazón estalle./ Una mano forjada en el dolor de todos./ Una mano que encuentre su lenguaje de árbol,/ su frescura/ para un nosotros más allá de la muerte./...Busco una mano que derrame/ el dolor de la siembra entre mis manos,/ que haga mía la alegría de la tierra excavada,/ y mío el grito del aire en la batalla,/ y mía la dicha de hallarme en otros pasos,/ caminando en la ajena alegría.*

En el poema “Solo para Niños” se establece la relación entre la mañana y la infancia: *Nos miras largamente,/ con tus ojos donde la infancia/ crea, paso a paso, la costumbre de amar./..., Ahora podemos/ apretar de nuevo la mañana/ y sentir su calor de naranja madura,/ donde estrenan tus ojos su asombro,/ cada día.*

En este poema, no sólo se establece la relación mañana-infancia, sino que también aborda un conjunto de características, que son propias de esta etapa de la vida, cuando se experimenta a partir de la pequeñez de nuestros pasos, la grandeza, el asombro por la novedad, lo maravilloso de las pequeñas cosas, que dejamos en el olvido cuando crecemos y alcanzamos “la madurez”. En palabras de la voz poética

*Habíamos olvidado
cómo se mira entonces,
cómo es nueva la mano,
nuevo el pequeño paso,
la ventana entreabierto de la estrella.*

*Habíamos olvidado
qué fácil encontrar mariposas
en las tardes de fuego*

*y qué difícil
balbucear la palabra,
entera y redonda
como una fruta.*

*Habíamos olvidado
la voz fina, finita,
cristal de lluvia en la ventana,
cuando el hogar es todo el mundo,
tibia prolongación de las manos del sueño.*

*Ahora sabemos, nuevamente,
de la sombra gigante en el armario,
torre de pesadillas,
y de la puertecita entre las yedras
que algún día se abrirá bajo los dedos
del color y de la magia.*

*La leche, nuevamente,
sabe a paz,
y mis manos,
al igual que las manos de mi madre,
son de leche y paz.*

*De los libros guardados tantos años
saltan de nuevo duendes
y la vida se puebla,
como un árbol,
de hojas verdes,
caracoles,
musgos donde empezaron
todos los sueños nuestros.*

*Gracias por regresarnos
a la puerta olvidada.*

¡Aquel mundo intemporal de la infancia! ¡Cuánto se extraña! Su sabor a juego y a magia, donde todas las cosas de la vida, están siempre a nuestro alcance y son enteramente nuestras la esperanza y el porvenir. Asimismo, en el poema “Lágrima” dice: *¿Y la infancia? Es una playa sola/ en donde la sorpresa salta de cada huella,/ desde cada palabra no aprendida,/ desde cada caricia y cada gesto,/ como una inmensa lágrima/ que el mar nos devolviera para todos.*

Considero que la voz poética expresa una visión paradisíaca de la niñez en correspondencia con los lazos fraternos, que la unen con su madre bajo el signo de Comunión, expresa: *Tú y yo y una infancia/ que fue tuya y fue mía/ y hoy está en otros labios,/ balbuceando por retomar la hierba,/ y apretar el color entre las manos./ Tú y yo,/ en cada pequeño paso vacilante,/ en cada mano que recoge su aurora amanecida.*

De esta manera, asume la infancia como un período caracterizado por el amor, la ternura, el asombro, el juego, la magia y la unión fraternal, es asimismo el tiempo de la aurora amanecida, es decir, la mañana como el tiempo generador, propicio para crear y re-crear la vida: *En las mañanas/ compartimos el nombre de las cosas/ y el grito de los niños tras el sol./ Entonces,/ es nuestro el árbol/ donde viven los sueños/ y donde cada día se forja/ con la luz del siguiente.*

Esta visión de la voz poética sobre la mañana, contrasta profundamente con la noche.

2.2. Tanta noche inmensa

Para los griegos la Noche (Nyx) es representada como la negra noche, con las connotaciones negativas que el término implica. Sus descendientes expresan claramente las fuerzas avasalladoras para el ser humano: la muerte, el destino, la vejez, el sarcasmo, el engaño, la discordia (Chinchilla, 2003: 479).

Adicionalmente, Chevalier y Geerbrant definen la noche como hija del caos y madre del Cielo (Ouranos) y la Tierra (Gaia). Engendra igualmente el sueño y la muerte, las ensoñaciones y las angustias, la ternura y el engaño. La noche recorre el cielo, envuelta en un velo sombrío, sobre un carro tirado por cuatro caballos negros y con el cortejo de sus hijas, la Furias y las Parcas.

La noche simboliza el tiempo de las gestaciones, de las germinaciones o de las conspiraciones que estallarán a pleno día como manifestaciones de lo vital. Es rica en todas las virtualidades de la existencia. Pero entrar en la noche es volver a lo indeterminado, donde se mezclan pesadillas y monstruos, las ideas negras. Es la imagen de lo inconsciente, que se libera en el sueño nocturno. Presenta un doble aspecto, el de las tinieblas donde se fermenta el devenir, y el de la preparación activa del nuevo día, donde brotará la luz de la vida (1995: 753-754).

Esta variedad de sentidos que exhibe la representación simbólica de la noche, también se articula en varios de poemas de *Los Pasos Terrestres*. “Pequeño Paisaje de la Noche” dice por ejemplo que *la noche guarda su propia música/ y la tiniebla tiene sus playas de frescura*, ante el polvo de fatiga con que se respira el aire; *es el canto en que casi tocamos la otra orilla*, tal como se le ha denominado a la muerte, es un paisaje de figuras que poseen tamaños perfectos y un tiempo de liberación, porque nos hace olvidar el muro de la limitación, de la confusión; *donde somos sin prisa, por desnudos, más bellos*. Es un pequeño paisaje armónico,

encargado de la corta gestación del asombro, la semilla del nuevo día ya que una vez que termina, *detrás de cada hoja y cada péndulo*, desata la alegría de lo absurdo y lo pequeño semejante al alba, que es el inicio del día, cuya luz sabe tratarnos y *nos empapa con sus manos amables y afanosas*.

Esta perspectiva poética, no mantiene el mismo frenesí cuando la noche se transforma en la vejez de la existencia. Aunque en el poema “Lumbre” expresa *“correré sin temor los cercos de la noche; en el poema “Unidad” dice pido perdón al triste/ por la alegría que no me alcanza,/ y al anciano,/ porque mi sombra/ ocupará el sitio de su sombra*.

Así, la ancianidad se transforma en sombra, que es precisamente el nombre con el cual se titula otro poema. En él, la sombra, es el signo por el cual manifiesta, la inmensa soledad interna, que prefigura para esta etapa de la vida, ya que ni el hijo, ni el compañero objeto de su amor, puede servirle de compañía o consuelo. Considero que es una soledad tan nuestra, tan propia, que ni siquiera se puede compartir, porque es el desafío al que tenemos que dar respuesta particular, cuando se acerque el final del día. De acuerdo con Octavio Paz:

“Aquel que de veras está a solas consigo, aquel que se basta en su propia soledad, no está solo. La verdadera soledad consiste en estar separado de su ser, en ser dos (...), el otro está siempre ausente. Ausente y presente, hay un hueco, un hoyo a nuestros pies. El ser humano anda desaforado, angustiado, buscando a ese otro que es él mismo” (1990: 134).

En el poema “¿Sombra?” el yo lírico reflexiona y se pregunta angustiada si es inevitable esa soledad.

¿SOMBRA?

*Se vuelven hacia delante las dos manos
y nos brota todo un bosque de amor sobre la espalda.*

*Y corremos, amor,
a la esquina donde el árbol conversa y se estremece,
donde los niños juegan
a cerrar su follaje entre las manos.*

*Corremos con
el hijo hacia el hijo de todos,
frotamos el aroma de las verdes hojuelas en su pecho,
detrás de la mañana,
la nuestra,
la que puede de pronto ser
un ojo,
un labio,*

*un trompo adormecido por la brisa,
un caracol abriéndonos el camino del mar,
o una risa de niño detrás de nuestra risa.*

***Pero** el anciano que recorre nuestras venas
preguntándole al sol,
se mira las dos palmas arrugadas y solas,
inmensamente solas
en su extensión ilímite y rojiza.*

*El hijo, ¿no es frescura para nuestra sequía?
el hijo lleva su propio aroma
para regarlo al viento
entre sus hijos.
Y estamos solos.
Solos en un amor tan grande.
Solos con nuestro miedo
de ser solos y viejos extranjeros.*

*Ni siquiera tú, amor,
tú, que has partido en hijos mi soledad,
tú que estremeces cada flor de mi piel bajo tu mano
tú, pequeño en el hijo
hombre en la noche inmensa,
¿ni siquiera tú irás a mi terrible soledad mañana?
¿No habrá bosque de amor que nos recoja juntos,
ni luz común,
para esta soledad que se nos mueve dentro,
serpenteando en la sombra secular de las manos?*

*No sé, pero,
¿cómo ser imposibles a la voz de los pinos,
al hijo **de tanta noche inmensa?**
¿Imposibles, amor,
hasta el olvido de haber sido posibles?*

En conjunción con éste, en “Elogio a la Tristeza” se extiende y agudiza la pesadez de la soledad, que anticipa para la noche de la existencia,

ELOGIO A LA TRISTEZA

*Si la tristeza fuera un sorbo,
qué fácil esparcirla a lo ancho del viento,*

donde gesta la lluvia su fragor.

*Pero en el mundo de los sueños
y pesados deseos
la tristeza es un mar
que se nos cala al nacimiento
para crecer,
sin dimensión y sin orillas,
como una enredadera que de pronto
es árbol,
raíz,
bosque,
pantano,
como una mano ajena que al toque de la luz
se volviera ojo nuestro.*

*Nos contagia la noche,
el sueño,
las migas de la lumbre,
la vigilia,
el cansancio,
el estallido de la sangre.*

*Su savia nos inunda, retoñando
para la extraña sequedad de todos,
flor ascua que deseara
la mano de la sombra y de la lágrima.*

*Cúpula de polvo, arrancada
del paraíso inútil que nunca poseímos.
Habitante del pulso y del aliento,
hundes tu gran ojera oscura
en el sueño que nos plasmó la mano,
en las cosas que nunca germinaron a tiempo.*

*Familiar como el agua,
profundizas arterias en el recién nacido,
tocas el borde mismo de la sangre,
y pulsas
-extraña forma de empujar a la vida-
Donde la vida misma agoniza y comienza.*

Entonces, la tristeza ya no solo pertenece a la noche de la ancianidad, sino que se nos cala al nacimiento y desde entonces, acompaña a la persona en el transcurso de la existencia, como una enredadera que crece, que se arraiga, se transforma, se apropia, hasta que ese ser ajeno, llega a formar parte constitutiva de nuestra vida. Y aquel pequeño paisaje de noche, del cual nos hablaba anteriormente, se contagia de ella, al punto de desear la mano de la sombra y de la lágrima. Se transforma en habitante intrínseco de la existencia, como el pulso o el aliento, que adicionalmente, causa frustración por las cosas que nunca germinaron a tiempo.

Indica Samuel Schkolnik, que desde este punto de vista, se manifiesta la experiencia vivida como angustia, y ésta constituye el traslado consciente de una verdad biológica: la de que la vida es limitada, y que su límite es la muerte. El tiempo de la vida al tornarse tiempo de la conciencia, acarrea fatalmente la conciencia del tiempo, y se torna, así vivida, en el poderoso motivo de la angustia que acompaña a la percepción del tiempo. Hace la pregunta “¿Qué es la soledad sino una pura percepción del tiempo? y ¿No es porque en tal estado, reducido a la percepción de sí mismo como a la de una fuga de instantes, experimenta la fuga de su ser?” (1996: 242-243).

Agrega además, que la vida en sociedad conjura la desdicha de una conciencia que se sabe hecha de tiempo, dispensándole el sustento del significado ya que le proporciona los marcos en los que sus operaciones evocativas pueden ejecutarse. Esos marcos, si son capaces de cumplir con esa función es porque establecen un conjunto de hechos significativos.

Esta manera de configurarse las relaciones entre los individuos y la sociedad se verifica en todo el campo de las necesidades humanas, eso implica las actividades de los otros con los cuales ha de contar para librarse de la angustia de quien percibe su ser como una fuga; “se diría que en esa situación obra una censura social que fuerza a cada individuo -para su bien- a soslayar la percepción de que está hecho de tiempo..., e impide a todo observador la detestable visión de una singularidad desnuda” (1996: 246).

La irreversibilidad de la duración temporal es una manifestación universal de los procesos existentes (Gortari en Van der Laet: 16). “El tiempo no espera a nadie. “El tiempo no pasa en vano”. No se puede volver atrás el tiempo.” ¡Muy cierto! La cuestión es que el tiempo, según lo experimentamos, es inquebrantable. El hecho de la irreversibilidad es parte orgánica de nuestra conciencia cotidiana. El relativo saber el fin de la vida, la muerte, la nuestra, la de otros penetra todo el campo de acción de la actuación y del pensar cotidianos (Heller, 1998: 393).

El tiempo avanza en una sola dirección, siempre adelante. Y este avance, a su vez, es función del cambio en la entropía, es decir, el tiempo refleja el cambio de la energía de un estado de concentración a otro de disipación. El tiempo va siempre adelante, porque la propia energía está siempre moviéndose de un estado disponible a un estado no disponible. Nuestra experiencia nos dice que el mundo nunca cesa de cambiar a nuestro alrededor, y esta experiencia es el despliegue de la segunda ley de la termodinámica. Se trata del irreversible

proceso de disipación de la energía en el mundo. Sir Arthur Eddington decía, “la entropía es la flecha del tiempo” (Rifkin, 1990: 74-75).

También Borges manifiesta, esa angustia que provoca la conciencia de la irreversibilidad del tiempo cuando escribe, “*nuestro destino no es espantoso por irreal; es espantoso porque es irreversible y de hierro*” (1999: 286).

Balance fatal para el día que termina, conciencia desgarradora de la percepción del tiempo vivido, sino fuera porque entre los intersticios de los versos, la voz poética, clama por algún grado de esperanza. ¿Cómo se revelan? En los signos de interrogación entre los cuales titula el poema ¿Sombra?, porque plantea interrogantes, no afirmaciones. Por otra parte, dentro de las concepciones simbólicas del concepto sombra, se encuentra que es “la propia imagen de las cosas furtivas, irreales y cambiantes” (Chevalier y Geerbrant, 1995: 955). Según lo cual esa conciencia particular- social del tiempo biológico asumido a su vez como tiempo psicológico podría quedar en el terreno de lo irreal y cambiante.

Aun así, aunque su visión constituya un acto de reconocimiento ante las realidades de la ancianidad debido a que:

“Llega un momento en el cual un hueso roto ya no vuelve a tener vida, en que una arteria ya no reacciona, en que las células del cerebro ya no se reproducen; llega un momento en que la vitalidad alcanza su límite. ¿Pero en qué consiste este alcanzar su límite la vitalidad. ¿Consiste en cierta manera, en haberse perfeccionado el organismo? Ser limitado, es, mientras se mantiene dentro de su grado de imperfección, lo que mantiene vivo al ser humano. Este ritmo vital de perfeccionarse, pero con el riesgo de perfeccionarse y entonces, morir orgánicamente” (Láscaris, 1979: 103).

“Elogio a la Tristeza” termina diciendo *extraña forma de empujar a la vida/ donde la vida misma agoniza y comienza./*

3. PERO LLEGA OTRO DÍA: HOY ES SIEMPRE TODAVÍA

El ritmo de la vida cotidiana, no transcurre ni veloz ni lento, es relativamente estable, esa permanencia es requerida ante todo por el trabajo y por la economía de la vida cotidiana (Heller, 1998: 393). En la vida diaria reina la reiteración ya que cada día de la cotidianidad, puede ser cambiado por otro correspondiente; este jueves, en su cotidianidad, es indistinguible del jueves de la semana pasada y del año pasado. Por ello se funde con los otros jueves y se conserva; es decir sólo se diferencia y emerge de la memoria gracias a algo particular y excepcional. No obstante, “la cotidianidad es un mundo fenoménico, en el que la realidad se manifiesta en cierto modo y, a la vez, se oculta” (Kosík, 1976: 95-96).

Por eso, la cotidianidad es algo más que reiteración, cada día, contiene la potencialidad del encuentro entre el pasado, el presente y el futuro y establece así, lo que llamaría, la

intemporalidad de lo cotidiano, escindida del tiempo lineal que comúnmente manejamos. Por consiguiente, cada día, constituye el encuentro de múltiples temporalidades.

El tiempo lineal es una de las formas posibles del tiempo social, que solamente se impuso, en cuanto sistema único de recuento, en la región cultural europea cuando el cristianismo consiguió del antiguo testamento la noción de tiempo vivido, como un proceso escatológico, como la espera ferviente del gran advenimiento en el que se resuelve la historia. Así, la nueva percepción del tiempo, reposa en tres momentos determinantes: comienzo, apogeo y fin del género humano (Gurevitch, 1979: 269).

No obstante, el paso del tiempo bíblico al tiempo de los mercaderes, en la naciente civilización urbana, es el que consolida la verdadera concepción del tiempo lineal. Los empresarios procuran producir lo más posible en una unidad de tiempo establecida y aumentar la duración del tiempo de trabajo. El tiempo se convierte en la medida del trabajo, adquiere un valor, transformándose en factor esencial de la producción. La aparición de los relojes mecánicos, es el resultado lógico y al mismo tiempo la fuente de un nuevo sentimiento del tiempo. “Recuerda que el tiempo es dinero, escribe a fines del siglo XVIII, Benjamín Franklin” (Attali, 1985: 173). Esta consigna se ha convertido en el signo temporal de la época moderna. “La eficiencia del mercado ha sido el imperativo temporal decisivo de la sociedad” (Rifkin, 1991: 1).

Por primera vez y definitivamente, el tiempo se extendió en línea recta, marchando del pasado al futuro, pasando por un punto llamado presente, el cual se comprimió hasta no ser otra cosa que un punto continuamente transeúnte en la línea que va del pasado al futuro y que transforma el futuro en pasado. El tiempo se convierte definitivamente en vectorial, lineal, irreversible.

En la conciencia denominada primitiva o mitológica, estas categorías no existían como una abstracción. La conciencia capta el mundo, simultáneamente su globalidad sincrónica y diacrónica y es por tanto, “intemporal” (Gurevitch, 1979: 262).

En la conciencia de los hombres de la sociedad primitiva, el tiempo no aparece bajo el aspecto de coordenadas neutrales, sino bajo la forma de una poderosa y misteriosa fuerza rectora de todas las cosas, de la vida de los hombres y de los dioses. Por lo que el tiempo se encuentra cargado de valor afectivo.

Puede ser bueno o malo, favorable a ciertas formas de actividad y nefasto para otras. Existe un tiempo sagrado, como el de la fiesta o del sacrificio o de la reproducción del mito, que va unido a la vuelta del tiempo “original”, situado fuera del tiempo profano. Por medio del ritual y por consiguiente de cualquier gesto significativo (caza, pesca y otros), el primitivo se inserta en el tiempo mítico.

La época mítica, no debe pensarse simplemente como un tiempo pasado, sino como presente y también futuro, como un estado a la vez que como un periodo.

“Este periodo es creador en el sentido de que es entonces, *in illo tempore*, cuando tuvo lugar la creación y la organización del cosmos, así como la revelación por los dioses, por los antepasados o por los héroes civilizadores de todas las actividades arquetípicas. *In illo tempore*, en la época mítica, todo era posible” (Eliade, 1972: 352).

Cada vez que se repite un rito o un acto significativo, se imita el gesto arquetípico que tuvo lugar en el origen de los tiempos. Al repetir ese gesto se inserta en un tiempo sagrado, transhistórico y ahistórico que tiene la propiedad de suceder ahora, en este instante, por tanto, hace que el tiempo sea un eterno presente (Eliade, 1972: 350-352). En esta sociedad, el tiempo no se sucede de forma lineal, es decir, del pasado al futuro. Es inmóvil o cíclico. Lo que fue, vuelve a intervalos determinados (Gurevitch 1979: 262).

La percepción cíclica del tiempo se relaciona, en cierta medida, con el hecho de que el ser humano no se haya desprendido de la naturaleza y de que su conciencia permanezca subordinada a los cambios periódicos de las estaciones. El ritmo de vida social, depende de la sucesión de las estaciones y de los ciclos de producción que se adaptan a aquellas. Por consiguiente, la interpretación del mundo natural y también del mundo social, según las categorías míticas, engendra la creencia en el “eterno retorno”. La conciencia del hombre primitivo no está orientada hacia la percepción de los cambios, está llamada a encontrar lo antiguo en lo nuevo. Por lo que el futuro, para ella, no se diferencia de lo que fue.

Al concepto de tiempo mitológico se une también la idea de que todos los modos del tiempo: pasado, presente y futuro, se encuentran alineados, en cierta medida, en un plano único o en cierto sentido, son simultáneos. El pasado no deja de durar. El culto a los antepasados y todos los arquetipos se renuevan en la realización del mito y de los ritos, en los períodos de las fiestas. Las tradiciones piadosamente observadas son el pasado, materializado y perpetuo que domina en el presente.

Pero también el futuro participa en el presente, se le puede contemplar, ejercer sobre él una influencia mágica, de él proceden las predicciones, el arte adivinatorio, los sueños proféticos y también la creencia en el destino como algo que es irrevocable, ya que en cierto sentido, lo que debe realizarse es ya un hecho.

Entre los griegos, las percepciones de la temporalidad permanecían fuertemente influenciadas por una interpretación mítico-poética, estática y cíclica de la realidad. El mundo era percibido y vivido por ellos, no según las categorías de cambio y de evolución, sino como en estado de reposo o cumpliendo un giro en el “gran círculo”. *Era, es y será* son formas del tiempo que imita la eternidad y progresa en círculo según las leyes del número, señala Platón en el *Timeo*.

Tanto la percepción cíclica del tiempo, como del eterno retorno, han sido concepciones temporales, que a lo largo de la historia, han servido de base para la formulación de diversas doctrinas y postulados filosóficos, teológicos, literarios y poéticos, entre otros.

Como poeta del tiempo cotidiano, Julieta Dobles, no escapa a todo este bagaje social, cultural e histórico y en su poesía, la voz lírica manifiesta la presencia de las distintas temporalidades, tanto cíclicas como lineales, que se conjugan en el diario vivir, cada día. En el poema “El Sol Compartido” evidencia varios de estos elementos. El primero de ellos es la dedicatoria, en la cual escribe, “*A Jorge Dobles, mi padre, con quien comparto tantas cosas a pesar de la muerte*”.

En esta dedicatoria, el vocablo, comparto, es el signo que revela el tiempo presente en una función que trasciende la concepción lineal de tiempo, porque en su experiencia de vida, el pasado y el futuro confluyen en el Hoy, como una categoría intemporal por la cual transcurre el poema. Coincide Octavio Paz al expresar, que en el poema el tiempo está vivo, es un instante henchido de toda su particularidad irreductible y es perpetuamente susceptible de repetirse en otro instante, de re-engendrarse e iluminar con su luz nuevos instantes, nuevas experiencias. Es un mundo arquetípico, que ya no es pasado ni futuro sino presente. Virtud de ser ya para siempre presente (1990: 186-187).

La voz poética expresa esa presencia al decir

*Padre,
hoy he mirado la mañana con tus ojos
y sé que te inundó,
como una brasa,
este sol entre mundos compartido,
desgarrado
entre la flor y la tiniebla.*

*He tenido en mi palma alguna hoja
del naranjal que germinó en tu palma
y el pez,
nacido de tu aliento un día
ha roto en mil cristales mi rostro,
bajo el agua.*

*En el aire, de pronto,
mi mano se hace niña
entre tu mano.
La frontera de mi tierra
y tu tierra
es solo un ilusorio torbellino*

de pavor y de sueños.

*Padre,
qué frágil la muralla
cuando te encuentro en los ojos de mis hijos
qué transparente la tiniebla
cuando regreso hasta tu amor
en cada esfera de diminuto polvo palpitante,
en cada voz que despierta tras los muros
del hogar y del tiempo.
Qué cercana la enorme lejanía
cuando canta en mi sangre, por momentos
tu voz,
y el aire quema,
corazón del tiempo,
y el aire estruja,
tiniebla alimentada desde el miedo.*

*Padre,
he querido llegar hasta tus ojos
sumergiendo mi mano en tantos sueños,
y compartirla con tu amor,
sabiendo que es corta la distancia,
íntimo el viaje
bajo este sol
que es flor de vida y muerte
para todos.*

Como símbolo, el sol inmortal, sale por la mañana y desciende cada noche al reino de los muertos; por consiguiente, puede llevar consigo a las personas y al ponerse, matar; por otra parte, puede al mismo tiempo guiar a las almas a través de las regiones infernales y volverlas a llevar al día siguiente, con la mañana a la luz. El principio solar se representa por un gran número de flores y de animales; crisantemo, loto, girasol, águila, ciervo, león y otros, así como por un metal, el oro (Chevalier y Geerbrant, 1995: 949-950).

El sol de este poema permite establecer una relación con esa significación simbólica, como astro compartido entre mundos, desgarrado entre la flor y las tinieblas, que se constituye en metáfora de vida y de muerte. La muerte, se encadena a una serie de expresiones como, frontera, muralla, tiniebla alimentada desde el miedo y lejanía. Pero en virtud de un presente siempre vivo, ésta se transforma en el aire, en ilusorio torbellino, la muralla se hace frágil, detrás de la cual despiertan los signos del hogar y del tiempo. Asimismo, la tiniebla es transparente, la lejanía cercana y corta la distancia. Entonces se produce en el hoy, el

encuentro, el regreso, el canto y aunque el futuro deviene en el viaje hacia la muerte, vuelve a presentarse bajo la trama del signo de este sol que tiene la virtud de la inmortalidad.

Características semejantes se hacen presentes en el poema “Reencuentro”, dedicado a su abuela, llamada Soledad

*Te encontré de nuevo,
abuela Soledad,
cuando el verano extiende
su azul santalucía,
corazón vegetal de la montaña,
pulsación de los vientos
sobre el pasto reseco.*

*¿Fue tu voz
o la voz de un pasado
suspendido en el aire del verano
como un péndulo vivo?
Sin más sugerencia que la brisa
- ¿quién niega que la brisa
guarda voces ausentes?
las manos de mis hijos,
repitiendo aquellas,
mis manos infantiles,
repitiendo sin conocerte
la hora de tu presencia
me trajeron en los azules copos,
la pradera.*

*Te encontré de nuevo,
la pisada pequeña,
la voz erguida,
canto desterrado que aprendí a amar
desde tus labios,
por la Cuba desgarrada de Maceo,
la Cuba que solo viste
en ojos de la infancia y del asombro,
abuela Soledad.*

*En ti el pasado retorna
como una enorme ala
que nos remonta hacia delante.
En manos de mis hijos regreso a la raíz,*

y se hacen palpitantes
las voces que nos aman en la muerte.

Nada sé de las flores que crecen en tu tumba
-las tumbas son enormes vacíos
donde el dolor no estalla ni florecepero
cuando enero toque con sus dedos
lo más profundo de la sangre,
alguien pondrá en mi mesa tu ramo azul,
modesta bocanada de los campos,
y tu presencia será de nuevo vida,
el viejo puente entre el amor y la palabra.

Adicionalmente a las consideraciones anteriores, en este poema sobresale la expresión, *la voz del pasado como péndulo vivo*, metáfora evidente de una concepción en la cual confluyen las conjugaciones del tiempo, pasado, presente y futuro en un instante que repite la hora de la presencia, donde palpitan las voces que nos aman en la muerte y la presencia será de nuevo vida.

El movimiento del péndulo oscila entre el pasado, que revela bajo su corteza, una fuente de actos personales significativos y la representación de lo que será, que confiere así un significado al presente, el que de esa manera ligado a una instancia distinta de la evanescente que le es propia; adquiere una fijeza que no podría extraer de sí mismo. Lo que el futuro tiene de abierto, de indeterminado, no es distinto de lo que de temblorosamente vivo hay en el presente; acaso ese carácter del presente no resulte sino de su perpetuo deslizamiento hacia el futuro. Así el futuro no viene a ser más que un aspecto del presente (Schkolnik, 1996: 256, 259).

Aunque el sistema de referencia del tiempo cotidiano es el presente (Heller, 1998: 393); señala Láscaris, que el presente es lo más fugaz, lo más volátil, efímero que el ser humano se ha encontrado entre las manos. Todo lo que es el presente, en el mismo momento en que se lo entra a analizar, ya no es. La vida es precisamente un continuo enfrentarse con presentes que se convierten inmediatamente en pasados. Pero al mismo tiempo, el presente es alguno que está mirando al futuro; más que definir el presente por el pasado, debe serlo en función del futuro: toda acción pasada está gravitando en el presente, pero todo presente humano es en función del futuro. En ese entrecruce de proyectos y de deseos para el futuro y de acciones pasadas que configuran nuestro ser, en este momento inestable, el ser humano ilumina su propio ser y se es presente (1979: 103-104). Desde este punto de vista, la voz poética de Jorge Luis Borges, también entra en diálogo con la voz poética de Julieta Dobles, al expresar en el poema “El Instante”

¿Dónde están los siglos, dónde el sueño
de espadas que los tártaros soñaron,

*dónde los fuertes muros que allanaron,
dónde el Árbol de Adán y el otro Leño?
El presente está solo. La memoria
erige el tiempo. Sucesión y engaño
es la rutina del reloj. El año
no es menos que la vana historia.
Entre el alba y la noche hay un abismo
de agonías, de luces, de cuidados;
el rostro que se mira en los gastados
espejos de la noche no es el mismo.
El hoy fugaz es tenue y es eterno;
Otro Cielo no esperes, ni otro Infierno
(1999: 148).*

Así como “El Sol Compartido”, en “Himno Solar”, se puede apreciar la vivencia del tiempo cotidiano en su doble dimensión, lineal y cíclico, irreversible y arquetípico simultáneamente cuando dice

*Cada día es el triunfo
de nuestro corazón
sobre los sueños.*

*Cada día el sonido del sol
estalla
bajo los párpados dormidos.*

*Sólo así **recomienzan** las voces
que moldean la luz
y hacen del largo aliento de la noche,
fuego.*

*Sólo así crece el niño,
sobre el alba.
Sólo así forma el árbol su gozo de maderas
y su sangre.*

*Y cuando el sol hace sudar al pavimento,
y el martillo crece,
agigantando
sus metales preciosos,
es en nuestra mano,
la mano alimentada hace milenios,
la mano del sudor y de la herida,*

*la que se lleva al sol
y en la fatiga de las horas hirvientes,
lo moldea, lo siembra
lo forja entre los hornos,
lo come y lo reparte.*

*Cuando las sombras largas resquebrajan
la fatiga caliente de la tierra,
cuántas manos han perecido,
calcinadas
domesticando al sol.*

Pero llega otro día,
*y entre los nuevos dedos
alguien tensa
sueños que se soñaron imposibles,
quimeras que diariamente acechan
desde el hueso y el alba.*

*Y sobre el martilleo,
más allá del fuego sudoroso,
alguien,
desde su propio silencio fecundante,
desenmascara nuestros sueños,
recoge el sol que encierran las quimeras
y en la fatiga de las horas hirvientes,
lo moldea, lo siembra,
lo forja entre los hornos,
los come y lo reparte.*

Este poema en particular, manifiesta la conjunción de varios elementos que pertenecen a la concepción del tiempo cotidiano que exterioriza la voz poética: la vivencia de cada día, los periodos del día en relación con las etapas de la vida, la asociación con la simbología solar, entre otras. Además, añade otro elemento singular que es la correspondencia que se da entre el tiempo diario, lineal, con el arquetípico y cíclico.

“Himno Solar”, presenta un vigoroso pulso de vida que se expresa en dos isotopías, la primera que asocia el sol con la luz, el fuego, el horno y lo caliente; la segunda, con movimiento, el cual se incrementa en conformidad con el avance de las horas del día hasta llegar a las sombras de la noche, cuando baja el ritmo de su pulsación. Así, al comienzo, cada día se muestra como el **triunfo** de nuestro corazón sobre los sueños, cada día el sonido del sol **estalla** sobre los párpados dormidos, hacen del largo aliento de la noche, **fuego**. Esas son las condiciones para que el niño, en el alba, crezca. En las horas más fuertes de la luz solar,

cuando el sol hace **sudar** el pavimento, el **martilleo** crece, **agigantando** sus metales preciosos. En la noche, las sombras **resquebrajan** la fatiga caliente de la tierra. Consecuentemente, los vocablos triunfo, estalla, suda, martilleo, agigantando constituyen la isotopía, que marca el ritmo de cada día. Un ritmo que pareciera concluir, resquebrajarse, al llegar la noche.

Sin embargo, enseguida dice, *pero llega otro día,/ y entre los nuevos dedos/ alguien tensa/ sueños que se soñaron imposibles,/ quimeras que diariamente acechan/ desde el hueso y el alba./* Por eso, al inicio del poema había señalado, *sólo así recomienzan las voces que moldean la luz,* e inicia nuevamente el ciclo del día en un movimiento ininterrumpido.

Estas condiciones conllevan al devenir del tiempo en permanente movimiento, donde se pone de manifiesto que el tiempo del poeta es vivir al día, y vivirlo, simultáneamente de dos maneras contradictorias: como si fuese inacabable y como si fuese a acabar ahora mismo (Paz, 1990: 266). Es la paradoja del instante cotidiano, imperecedero y al mismo tiempo fugaz.

En ese sentido, Jacques Attali dice que todo ser viviente se sitúa en la duración, que a la vez repite y degrada, vuelve a empezar y transcurre. Toda especie viva percibe la duración y la velocidad, resiente lo reversible y lo irreversible. Las diarias exigencias del cuerpo y de su envejecimiento permiten a cada quien resentir el transcurrir del tiempo, el del día como el de periodos más largos. La naturaleza provee de manera permanente, el espectáculo de la degradación del mundo, por el movimiento de los ríos y de las estrellas, por la degeneración de las flores, de los animales, por el envejecimiento y la muerte de sí y de los otros.

Pero ella provee también, como singular reaseguramiento contra ese sentido de las cosas, dando el espectáculo ininterrumpido de la regeneración, del regreso de la vida, de la reversibilidad de los astros, de la repetición de los seres humanos. Cada quien vive el regreso del sueño y de la vigilia, de los días y de las noches, de las lluvias y de la estación cálida (1985: 14).

En sintonía con estas afirmaciones, podría señalarse que, en la conciencia o inconsciencia de la voz poética, subyace el tiempo mítico, *in illo tempore*, aquel que tuvo lugar en el origen de los tiempos y que también tiene la propiedad de suceder ahora, en este instante, por lo tanto, hace que el tiempo sea un eterno presente. *Es la mano alimentada hace milenios,/ la mano del sudor y de la herida,/ que se lleva al sol.*

Asimismo, en el poema, “A mi árbol más cercano”, escribe, *tienes el sol contado, árbol anciano/ de musgos retorcidos. Tu belleza/ es resina del tiempo. Tu tibieza/ es el triunfo a la muerte y al gusano.../Así, enarbolado bajo el cielo,/ única voz erguida en la pradera,/ raíz desesperada contra el suelo,/ me abres de golpe al sol, y a la primera/ mañana que la luz soltó en su vuelo,/ de la tierra y del agua compañera/.*

Tal como aquí se presenta, el árbol constituye indiscutiblemente, un símbolo del tiempo arquetípico y en correspondencia, cargado de significados que giran alrededor del cosmos vivo en perpetua regeneración, “porque es vertical, porque crece, porque pierde las hojas, pero las recobra, es decir, porque se regenera, muere y renace (Chinchilla, 2003: 325). Adicionalmente, el árbol se organiza en *axis mundi*, imagen del cosmos, cielo, tierra e infierno; es símbolo de la vida, de la fecundidad inagotable; de la realidad absoluta, identificado con la fuente de la inmortalidad. También se considera como centro del mundo y soporte del universo entre otros (Chinchilla, 2003: 358-359).

Así como Julieta Dobles, las voces poéticas de Octavio Paz, Jorge Luis Borges y Antonio Machado dialogan en torno al tiempo como un eterno presente. Octavio Paz dice que en todo poema, el tiempo cronológico -la palabra común, la circunstancia social o individual- sufre una transformación decisiva: cesa de fluir, deja de ser sucesión, instante que viene después y antes de otros idénticos, y se convierte en comienzo de otra cosa.

“De esta forma, el poema es tiempo único, arquetípico, un tiempo que es siempre presente potencial y que no puede realizarse sino haciéndose presente de una manera concreta en un ahora y un aquí determinados. Poesía, momentánea reconciliación: ayer, hoy, mañana..., todo está presente: será presencia” (Paz 1990: 284).

Antonio Machado también señala al respecto, en el poema número siete de proverbios y cantares, *Hoy es siempre todavía* (1999: 290), y añade, “si lo miramos más de cerca veremos que el devenir es uno en su totalidad, porvenir-presente y pasado (Machado en Deltoro 2004: 3).

También Borges expresa, *¿Qué trama es ésta/ del será, del es y del fue?/¿Qué río es éste/ por el cual corre el Ganges?/ ¿Qué río es éste cuya fuente es inconcebible?/¿Qué río es éste/que arrastra mitologías y espadas?/Es inútil que duerma./Corre en el sueño, en el desierto, en un sótano./El río que me arrebató y soy ese río./De una materia deleznable fui hecho, de misterioso tiempo./Acaso el manantial está en mí./Acaso de mi sombra/Surgen, fatales e ilusorios, los días./* (1999-2- : 232-233).

El transcurrir del tiempo es profundamente contradictorio, porque por una parte convierte en realidad el futuro y por otra lo anula transformándolo en pasado. Por eso resulta instantáneo el presente: la doble negación que contiene se manifiesta en la nulidad de sus dimensiones: no dura nada. Cabe, entonces, compensar esa evidente limitación mediante cierto restablecimiento, un volver sobre sí, cuantas veces sea preciso hasta conquistar la plenitud total que de entrada no tiene. No consiste en otra cosa la idea del eterno retorno, “es una eternidad próxima porque no está ni más allá ni más acá del tiempo: es el tiempo mismo elevado a la categoría de eternidad por la infinita reincidencia que alcanza haciendo que pasado y futuro se encuentren en lo remoto” (Arana, 1999: 213).

Decía San Agustín: ¿Qué es el tiempo? Si no me lo preguntan, lo sé. Si me lo preguntan, lo ignoro. Decía que su alma arde, que está ardiendo porque quiere saber qué es el tiempo. Le pedía a Dios que le revelara qué es el tiempo. No por vana curiosidad sino porque él no puede vivir sin saber aquello (Borges, 1986: 85,88).

Al cabo de veinte o treinta siglos de meditación, el tiempo continúa representándose como un problema esencial, siempre estamos ante el río del tiempo. Sin embargo, aunque nunca alcancemos la comprensión de tan esencial pregunta, es evidente que si provoca interrogantes, es porque está asociada a la vida y con ella, a la muerte, como parte de un mismo proceso de existencia, que se construye cada día.

Pan de cada día es asir la vida, Hoy, en lo cotidiano, momento convergente de lo efímero y eterno, común y trascendente, lo ordinario y lo sublime. Lo que es pequeño y grande, sencillo y complejo, profundo y superficial. Significa reproducir la magia y la realidad de la poesía porque magia, realidad y poesía, es la vida de cada día.

Cada día es el triunfo de nuestro corazón sobre los sueños, cada día.

REFERENCIAS

- Arana, Juan. (1999). "La eternidad de lo efímero." En: *Retrospectiva Presente-Futuro*. El Siglo de Borges Vol.1 Madrid: Iberoamericana.
- Attali, Jacques. (1985). *Historias del Tiempo*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Borges, Jorge Luis. (1986). *Borges Oral*. Buenos Aires: Editorial de Belgrano.
- Borges, Jorge Luis. (2000). *Obra Poética, 1*. Madrid: Alianza Editorial, S.A.
- Borges, Jorge Luis. (1999). *Obra Poética, 2*. Madrid: Alianza Editorial, S.A.
- Chevalier, Jean y Gheerbrant, Alan. (1995). *Diccionario de Símbolos*. Barcelona: Editorial Libergraf S.L.
- Chinchilla Sánchez, Kattia. (2013). *Conociendo la Mitología*. San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica.
- Deltoro, Antonio. (2004). "Machado Todavía". En: *Forja. Suplemento de Semanario Universidad*. Mayo. pp. 1-3
- Dobles, Julieta. (1976). *Los Pasos Terrestres*. San José: Editorial Costa Rica.
- Eliade, Mircea. (1972). *Tratado de Historia de las Religiones*. México: Ediciones Era, S.A.

- Gurevitch, A.Y. (1979). "El tiempo como problema de la historia cultural." En: Ricoeur, Paul. *Las Culturas y el Tiempo*. España: Ediciones Sígueme.
- Kosík, Karel. (1976). *Dialéctica de lo Concreto*. México: Editorial Grijalbo, S.A.
- Láscaris, Constantino. (1979). *Fundamentos de Filosofía*. San José: Editorial Fernández-Arce.
- Machado, Antonio. (1999). *Poesías Completas*. Madrid: Editorial Espasa Calpe. S.A.
- Paz, Octavio. (1993). *Los Hijos del Limo*. Barcelona: Editorial Seix Barral S.A.
- Paz, Octavio. (1990). *El Arco y la Lira*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Ricoeur, Paul, H.G., Gadamer y otros. (1979). *El Tiempo y las Filosofías*. Salamanca: Ediciones Sígueme.
- Rifkin, Jeremy. (1991). *Biosphere Politics*. New York: Crown Publishers.
- Rifkin, Jeremy. (1990). *Entropía*. Barcelona: Ediciones Urano, S.A.
- Schkolnik, Samuel. (1996). *Tiempo y Sociedad*. Argentina: Editado por la Universidad de Tucumán.
- Van der Laat Ulloa, Hernán. (1996). *Espacio y Tiempo: Sociedad y Cosmos*. Universidad de Costa Rica.

